

Raúl Guerra Garrido

Demolición

Alianza Editorial

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Raúl Guerra Garrido, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-335-4
Depósito legal: M. 30.037-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

El hombre nace para la derrota. El sol ha consumido la mitad de su posible energía y apenas si le quedan diez o veinte millones de años para apagarse.

JULIO LASO BARRIOLA
Breve historia de Eibain

*A Naraya Expósito,
sin su colaboración este libro
no hubiera sido posible.*

Ir o no ir a la inauguración, ese es el dilema.

Desde el principio la vida es una concatenación de dilemas que deciden el destino de los siguientes, y supongo que el más arduo fue el primero, rotas las aguas e iniciadas las contracciones: ¿salir o no salir? Mañana hizo un día horrible, falta un mes para la inauguración, jamás había conseguido tanto interés para ninguna de mis exposiciones, los medios acosan la galería de Gala y las demandas de entrevistas se acumulan bíblicas para mí y supongo metastásicas para el Boss de la Wagenberg, en mi caso colapsando un correo que no abro y no sé si dispongo de él, me refiero al electrónico, al de Amable, en el estudio ni un sobre de papel. Ni una palabra ni mucho menos una imagen de adelanto, cuando se descorra el velo encubridor de la obra, la escultura de las esculturas, la exposición es una única, iniciática y terminal obra, lo que sea sonará y yo estaré o no estaré allí para encajar tanto ruido o

silencio. Tanto da música o ausencia. Punto de inflexión en la curva logarítmica de la plástica, pronostica el magíster del Suplemento de Arte, un antiguo, lo de la curva logarítmica ya lo decía Dalí del cuerno del rinoceronte, no es un punto de inflexión ni siquiera un antes y un después del diluvio, lo he o Noé conseguido, lo que sea será la demolición de la realidad, pero no es ese mi dilema. ¿Ir y no oír o no ir y enviar un breve texto explicativo cuando siempre he ido y nunca he dado explicaciones? Falta un mes y eso es mucho y poco tiempo a la vez, o sea, ¿podré o no podré existir y de asistir qué? Mañana van a arrancarme, arrancar es el término adecuado, la última muela del juicio que me habita.

La parte filosófica: ¿Podrías definir el dilema como la penosa dificultad del caracol para ascender por su escalera?

Nunca te has considerado, consentido si, niño expósito, ni derramasolaces ni fatídico, más bien correlaureles y hasta fáustico, hasta cuando pesimista en cuenta de la mitad llena, de ahí que a saber cuál fue el primer amago de haber perdido la otra mitad. ¿Somos lo que recordamos o lo que hemos conseguido olvidar? Memoras asomándote al alféizar de los recuerdos, con sentido común las llamas cuerdas de atar, como una cabra en la alfalfa de enfrente de la carpintería, solanera equívoca de regadío, plan nacional de, secuencias de memoria y sin calendario, te siguen horrorizando las precisiones horarias a lo horario del ferrocarril, esas concisas imprecisiones de un retraso fijo pero variable, a las 16:05 quería decir sobre las cinco, pongamos las seis para no fallar. Cualquier ora pro nobis

podía haber sido la primera de tan larga letanía y probablemente fuese otra ahora inadvertida, saldrá cuando menos se la espere, a las 16:05, en este calendario entre ensoñado y vigil, tan equívoco como el paisaje de un niño nacido por generación espontánea en el campo y reingertado en urbanita insatisfecho. Elegidos al azahar por dotarlos de algún encanto.

En la playa de Waikiki, jugando con la niña a saltar los charcos que la ola al retirarse dejaba tras de sí. Confiabas en tus fuerzas físicas, las conocías quieres decir, aún jugabas de vez en cuando un partido de baloncesto con los amigos, nada oficial, claro, tampoco entero, contra los ex antes rivales de otros equipos, con quien por allí pasase y le apeteciera. Sabías la distancia que podías salvar, saltaste y te sorprendió el caer en medio del charco.

O esta otra. En el barrio más chino de Tokio, de noche, en un taxi cuyo taxista no daba con la dirección y te pidió consultases tú el callejero mientras él conducía. Te pasó el grueso volumen con un índice de letras diminutas, cada vez imprimen con tipos más pequeños, dijiste, y el taxista te replicó incómodo, póngase las gafas. Ni tenías ni te habías puesto unas gafas graduadas en tu vida, tenías una vista de lince, con una escopeta de aire comprimido le dabas a un pardal en lo alto de la higuera, pero antes y de lejos, no ahora y tan cerca. Encienda la luz, pediste un tanto airado, y te sorprendió que ni por esas pudieras leer el nombre de la calle a pesar de que la guía era en inglés, no te dio la japonesa, un tío con vista.

O esta otra. En la pastelería Marina de Medina de Rioseco, aquella chica, al recoger sus marinas, derribó la taza de café y empapó tu mano derecha, la disculpaste, tampoco tenían tanta importancia las manchas en la camisa, en el pantalón no recuerdas, si lo memorizas es por cómo al limpiarte la mano derecha emergieron insólitas las manchas de la piel hasta entonces inadvertidas, como el hilo de la sangre, esa irregular elipse próxima al pulgar era la misma que lucía tu padre antes de morir, la misma que de niño te llamaba la atención en la mano del abuelo, ¿cómo puedo acordarme de un abuelo que no conocí?, cuando te ofrecía, no lo objetives y acepta, te ofrecía cualquier regalo y de rebote su cantinela de café, copa y puro y las vueltas del duro. Tus tan torpes manos, insuficientemente versátiles, incapaces de llegar a los posibles 51.489 movimientos diferentes de las de Calder, un tipo capaz de con un alambre trazar una raya continua en forma de loba con dos gemelos, trémulo remo. Las mismas pecas tuyas, calcadas, reencarnándose generación tras generación y ni siquiera sabes si son posibles los nietos.

La parte filosófica del urbanita, ¿podrías definir la vida como un viaje en metro?

O esta otra, tan al sur. En el comedor de Mc Murdo Station por culpa del dichoso día de acción de gracias, no tanto por el pavo como por la manía de celebrarlo con whisky en vez de con burbujas. Nunca habías hecho remilgos a una carne para cenar por más compangos que la adornaran, un botillo para comer o cenar tanto monta,

el pavo montó menos y sin embargo, con empacho, te dejó sin dormir la noche entera, el estómago como un tambor y dejaste de considerar una estupidez eso de de buenas cenas están las tumbas llenas. El frío de la Antártida es más soportable que el que ahora mismo generas por ti mismo.

O esta otra en donde, aunque no se defina, se vislumbra la vida como un corto viaje en el metro de Madrid. De pie, componiendo la figura, tratando de no tocar a nadie, no se vayan a creer, tratando de no ser tocado, no te vayan a volar la cartera, y de pronto un adolescente con acento ecuatoriano se levanta de su asiento y te lo ofrece, señor, si me lo acepta. No miraste hacia atrás para ver a quien se lo ofrecía, supiste de inmediato que ese señor eras tú y caíste en la cuenta de que lo del letrero reservado para caballeros mutilados había desaparecido, ponle más de medio siglo. Tu cuerpo no estaba intacto, decrépito, pero de ahí a exhibir mutilaciones trecho largo. Contrariado aceptaste para no levantar más sospechas, pero sospechas ¿de qué? Estación en curva, no introducir el pie entre coche y andén, colóquense a los lados de las puertas para no entorpecer la salida, dejen paso al caballero de gabardina y bastón blanco, el ciego de gabardina y bastón blanco tuvo bastantes más dificultades que tú, no ironices con por haberse dejado el perro en casa, estás echando melones fuera, los damos a prueba y cala, ni una pieza sale mala, todo para no centrarte en la inauguración; ¿qué es cultura? ¿Quién me habla?

Me está confundiendo con ucronías y verdades a medias, puede que así, de hecho fue así, comenzase a alcanzarme la edad, pero ese comienzo a quién puede afectarle, el arte es suscitar los afectos del hombre, esa fue la cuestión y de acuerdo, el éxito y la salud son dos estados circunstanciales que no auguran nada bueno y también de acuerdo en que el niño es un proyecto de hombre que siempre se malogra, pero a veces un destello de lucidez, en la carpintería con diez años y con aura de serrín le dije a José: «De mayor quiero ser piedra». Ay, puro lamento, esa confusión del sadismo con la amenidad, tras tanto insistirme en por qué vino la explicación: «Piedra, para no morirme». El pasado es a veces más impredecible que el futuro, diagnóstico más fallido imposible, ahora la edad me ha sobrepasado, solo falta el último envite, y quizá la lista de los reyes godos o los afluentes del Ebro por la izquierda, al revés del orbe por la derecha, tan memorísticos elencos, pongamos el granito: cuarzo, feldespato, mica, witiza, ludovico, recaredo, pizarra, panizo, gaínza, mandela, plutonio, nitrógeno y helio aquí, el remedio. Nunca lamento un puro, el humo de un buen tabaco de Vuelta Abajo es la más fiable fuente de imaginación e incluso de memoria, trato de dar con la caja de Partagás y me veo de niño en la barca pescando con mi padre, es de Hemingway la cita, en aquel instante supe que sería inmortal. Lo que nunca se plantea un niño es la resurrección y mucho menos si es de generación espontánea. Lo enciendo y junto con el primer anillo de humo un asomo de verdad, principio requieren las cosas aunque el principio sea a dedos como en el tango, cambalache. Joven pueblerino, lo de Ono ¡Oh no!

me atropelló en la ambigüedad del ambigü, los mejores años de mi vida recitaba el poeta sin que le temblara el pulso con que sostenía su coñac en la cueva de Sésamo, su desvergüenza me puso colorado, de ser en Torrecasar la fiesta hubiese terminado mal, en el pueblo solo se toleraban los pardelas clandestinos o de la familia, pero lo recuerdo no por existencialista con corbata, todos con corbata, sino por mi afición a epigramas y dicharachos.

Medio hombre, medio mujer
desde la edad temprana
La mitad hombre, gay
La mitad mujer, lesbiana

Lo cierto de la inteligencia sintiente, quién la tuviera. Estamos hechos de tiempo y es el tiempo quien nos deshace, no es ilógico pues que en el recuerdo la profecía cumplida preceda a la enunciada, algo del tipo el huevo o la gallina, a nadie se va a convencer con lo del huevo porque los reptiles antes que las aves y menos si eres de pueblo (repetitivo estáis, caballero). En mi caso particular pongamos como inicio del ansia, primera persona del tango, la visión en el paseo de la Alcazaba de una *Gran figura de pie: filo de cuchillo*, obra de arte en bronce, abstracción de figura femenina, fue al circunvalar tan impreciso como contundente objeto y admirar la filosa ingravidez flotante lateral contra la perpleja solidez curvilínea de su frente. Como ese edificio exento que desde su esquina se ofrece como simple plano decorativo

y añadamos el texto explicativo: la idea original de tan metafórica mujer fue el fragmento de un hueso de un pájaro, hueso plano a modo de costilla de Adán, a partir de un fragmento de materia natural se construyó la abstracción, esa fue la impronta definitiva junto al desprecio, dejémoslo en indiferencia, por un último párrafo queriéndola vincular con la nike de Samotracia. La impronta de por qué no en vez de un hueso de pájaro, una cuchara de palo o a escala uno una escalera de mano de madera, un efecto cierto, no su cronología, el tiempo, la coincidencia, las anécdotas superfluas que solo importan en portada a los eruditos. Más por querencia íntima que por tradición familiar, por las dos, lo que fuese ya estaba decidido, lo que fuese sería de madera.

Por pedirle explicaciones a uno mismo. Quizá demasiadas y las que ahora acuden solícitas e impertinentes sean más confesiones que otra cosa. La más radical e inconfesable la del origen, una gilipollez, término técnico adecuado para causa y efecto nunca reconocido en voz alta ni en letra impresa. Fue en otro ábrete Sésamo, muy pocos de corbata, un huevo de Juanelo, un por fortuna así se las ponían a Fernando VII, del concepto al contexto y al revés también funciona. Fue hace un millón de años, cuando los dinosaurios se paseaban por Sol en el submarino amarillo de la década prodigiosa con todas las muelas intactas, en 1966, y por una vez concreto puesto que el datar me horripila, melancolía

la segunda persona del tango, esa chica fatal.

La melancolía precediendo a nostalgia y culpabilidad, de ahí que un lugar alegre para mí fuese un ámbito más bien triste. El título *Pintura de techo* y la culpable una tal Yoko Ono: una escala de tijera, una lupa colgando del techo y pegado en el techo un cartel en donde a ojo desnudo podía leerse «yes». La obra invita a trepar por la escalera, hecho que ningún espectador realiza, y mirar a través de la lupa. Se trata de un mensaje positivo pues yes bien puede traducirse libremente por sí y de haber puesto no ¡Oh no! me habría ido sin más consideraciones ni consecuencias. Sí, se puede, me remitió a una adolescencia trepadora y a un feliz contraste de pareceres, digamos en fenómeno de rebote. En un ámbito más alegre y ajeno a la melancolía, en el pueblo, en la fiesta de san Roque, a la cucaña, un largo mástil de madera de pinus pinaster liso y engrasado con sebo. La ropa perdida y en el extremo del palo un mensaje esclarecedor: «No subir más que se acaba el palo». La superposición de ambos mensajes, los de escalera y cucaña, redefinió mi vocación de artista con un nuevo filo de navaja tras el navajazo de Moore. Abrir un paréntesis. Como toda explicación a posteriori es un globo sonda, la realidad es oscura, intuitiva, añadamos melancólica, y depende de si te duele o no te huele algo, son helechos arborescentes y mitológicos, no siempre das la misma versión de tu primera vez, depende del capricho del péndulo. Cerrarlo. Si te llamas Jesús, tu madre María y tu padre José es carpintero, la triangulación puede ser fascinante siempre que amortigües el fallo de los vértices, mamá María Luisa y papá ebanista. Todas esas herramientas bien ordenadas, gubias, formón de media

caña, gubia cañón, gubia de pico prolongo, de pata de perro, de codo cañón, otras y la insólita de pluma de pavo real. Helecho tan real como un sueño, lo que sueñe será de madera. El arte conceptual es la gran coartada, la crítica o concepto ya es de por sí arte, y de hecho ya había esculpido, no tallado, mis manos calladas, sin callos me delatan, mejor ensamblado algunas escaleras ideales con las maderas al azar de la carpintería. Eso sí, sin atribuirles más concepto que el de su practicidad utilitaria o de adorno, en el principio fue un juego.

De ser filósofo, ¿de qué sentido se nutre la añoranza?

El tacto es el más realista y a la vez el más imaginativo de los sentidos y la madera la contradicción del tacto en su realidad y ensueño, saber de qué árbol con solo deslizar la yema de los dedos por su superficie de escalera o bargueño, dedos de manos de escribano no detallista que nunca percutieron con un mazo, el prodigio al abrazar su tronco y el don al acariciar ya sin piel sus tablas previas, la caricia, único conocimiento del que puedo presumir, regalo imprescindible en mi desarraigo moral de un oficio del que todo lo demás ignoro, el imprescindible gesto del

roble, de su tacto robur nobile, heroico en tantos trastos resistentes y duraderos, muebles de calidad, balaustradas tilo, de su docilidad romántica, tan manejable blandura, paneles de destino incógnito, novelesco

cerezo, de su bellísima dulcedumbre, involuntariamente traidora por oscurecimiento y solicitud de la carcoma

haya, de su contundente roce de tenso músculo propicio a la leyenda, tan gratificante en torneados macizos, dura y dura

calantrio, de granulosa lisura, lujo exótico por estos mares, para despacho de prócer

pino, de su resiliente resina y a pesar de económicos tan bellos, eficaces, solidarios, tantos y tan humildes pinos madera, de cualquier madera.

Pongamos el recuerdo de los artilugios, gubia, tarabilla, garlopa y tupí, el olor a serrín nunca estremeció mi sensibilidad, es acre, polvoriento, neutro y nada en comparación con el aroma de la madera sin herir, nunca creí en lo de soy como el sándalo que perfuma el hacha que lo hiere, y era tan joven como para intentar una aventura, locura, tú estás loco, aun no teniendo ninguna afición por el oficio de serrar, escofinar, clavar, milanar, lijar, barnizar, las manualidades no eran lo mío, no soy un habilidoso como mi amigo del alma, Josean, hermano de leche, capaz de afeitar un huevo, sin él ninguna talla ni detalle, a dentelladas cuando mi identidad me fue revelada en la parodia de la Sagrada Familia, a los 18 años mayor de edad. Olvídalo. Jesús Expósito dícese del recién nacido niño Jesús expuesto en un portal de casa o carpintería de beneficencia. No es un alias ni un nombre artístico sino el por mí elegido por menos anónimo de entre José Fernández Rodríguez y María Luisa Rodríguez Expósito, expuesto a una aventura impredecible como la del juglar con la vida en apuesta de mucho riesgo. Tampoco sería

para ellos un buen trago, ya tenían un hijo biológico, José Antonio, y no fui adoptado sino aparecido, no sabría decir si en una cestilla flotando por el Nilo como Moisés o por generación espontánea como Havy Ibn Yaqzan describe al filósofo autodidacta nacido del barro, de un grano de arena, de haber podido elegir yo sin duda hubiese elegido esa espontaneidad, la de esos niños ferales después criados por una animal de instinto erróneo, gacela mejor que mona, loba, leona, no sé, una elefanta si hubiese sido un espectáculo de mucho riesgo, llegaste con la nada debajo del brazo izquierdo y con una nota escrita en la palma de la mano derecha, «por el amor de Dios, denle cobijo», mancha hidrosoluble y con jabón ni rastro, no puede uno enterarse así, tan de golpe, una coz en la afrenta, en tan decisiva y voluble mayoría de edad la decisión suele ser extrema, me fui.

¿Qué fue de la carpintería?

Pregunta no hecha en los evangelios, ni siquiera en los apócrifos. Tampoco nos dijimos olvida esta conversación y como si nos hubiéramos jurado el no recordarla nunca, tan decisiva, consecutiva, como la de cuando le propuse a Josean, mi amigo del alma, hermano de leche y hermano mayor, el convertirse en mis manos, él era carpintero de verdad. Quizá ni podamos transcribirla al pie de la letra, hace tanto y ahora nos vemos tampoco.

—¿Pensaste alguna vez en la cuadratura del círculo?

—De sobra lo sabes, solo leo tebeos del Guerrero de Antifaz.

—¿Aceptas?

—Acepto, pero seguiré viviendo con ellos.

—Es un trabajo irregular, sin horarios, ni siquiera sé si es un trabajo remunerado, quizá no pueda pagarte, a veces desatenderás tus obligaciones

para con él, ¿crees que lo aceptará tu padre?

—También es tu padre, te quiere.

—¿Y qué dirá tu madre?

—Mamá también te quiere, más de lo que imaginas.

Mamá, en voz alta es un suspiro, mi mamá me ama, amo a mi mamá, olvídale, ¿mamé de mamá? Olvídale, el refugio coartada de la memoria es el eslabón perdido de lo intrascendente, un detalle, una frase, esta que no sé por qué la pienso ahora es la debilidad de un anciano, recuerdo el alegre e incauto apretón de manos, give me five, dijo como no había oído al Guerrero del Antifaz, sus manos que iban a ser mi salvavidas, y añadió:

—Cualquier cosa menos una escalera de caracol.

—De acuerdo, todo como el vértigo lineal del horizonte.

Esculpir es cribar, escribir, escribir, esculpir, culpar, no creo dijéramos esas frases tan rebuscadas pero son las que recuerdo, quién se fía de la memoria, todo iban a ser rectas y los ángulos más rectos que oblicuos, decirlo con palabras es cribar la coartada del artista. Si no eres un manitas y tampoco un analfabeto algo rebuscado puede

esculpirse en título de obra o en pie de foto de catálogo.

Empezando por el principio, por un punto inicial en la idea, en la palabra que inicia el párrafo, y cómo saber quién fue antes, si la piedra o la madera. En la piedra la idea está dentro, hay que sacarla a golpes. En la madera la idea esta fuera y a caricias hay que conformarla. En la piedra la talla directa esencial y primitiva, el escultor picapedrero; en la madera, gubia, serrucho y clavo, el escultor carpintero. Y a partir de ahí los puntos... como meandros de cualquier prescindible explicación. Creo que después de la rueda el invento tecnológico más importante de la humanidad fue la escalera, el transporte como esencia de la vida, lo biológico es el movimiento, la rueda nos facilita el sedentarismo de poder ir a otro lugar y sin escalera jamás alcanzaríamos el techo del cielo. Más conceptual imposible no es. En mi caso concreto, carpintero escalerista, escalera y de madera, un escultor que fabrica escaleras inviables y que en este último trance pretende exponer la más imposible e impracticable que jamás se haya fabricado, imaginado quizá sí, la idea siempre precede al constructo. Por hacer literatura, la primera cuando de muy niño ayudé a mi tío Lucio a reparar los escalones de madera que conducían de la gambara al palomar: tanta mierda de paloma acumulada.

¿Huir o no ir es la cuestión?

Mejor no mirarse al espejo para decidirlo, quién es ese señor al que estoy reflejando, qué fue de ese niño que tantos recuerdos me provoca a bocajarro, cómo logró

desvanecerse ese joven al que apelo a pelo calvo y de maduro con barba para no reflejar el rostro de un padre inimaginable, y dónde coincidiré con el anciano que de mí se disfraza para zanjar definitivamente la cuestión de ir o no ir. Front page para, en español, Wagenberg Gallery. New York, Los Ángeles, Tokio, Río de Janeiro. Próxima inauguración en Madrid con la insólita obra de

Jémeslo sin punto mortal y a partes iguales la posibilidad de ir y la de no ir. Decidirse, de ser en piedra granito, diorita, basalto de mata, esas ocurrencias mininarrativas como: el fantasma se asustó al no salir en la foto del grupo. Esos inicios tan mínimos y sutiles mientras la ciencia aplicada te separa de la idea de ti mismo a una velocidad dicen ya mayor que la de la luz, cómo pasar de madera a charmes, neutrinos, bosones, partículas de un dios gaseoso e invertebrado, un tiempo de tablets, no digas tabletas, di tablets, ¿no dijo Josean give me five? y sigo tras siglo haciendo mis garabatos en una tableta página de papel cuadriculado. Hace unos días, quizá un par de años, en el hotel Palace, en el servicio de caballeros, después de mear quise lavarme las manos y no conseguí que aquel artefacto con remota apariencia de grifo soltase agua por ninguna de sus partes, y eso que lo intenté agotando las 48.512 posiciones básicas que puede efectuar una mano, la mía ya menos de la mitad. Cuidada mano de carpintero al que sin esclavos le clavan los clavos, solo dos cicatrices, una de quemadura y otra de corte, en un dorso archipiélago de manchas de la edad y una aportación, un pensamiento papirofléxico, un dato de la